

Entre los “límites” y las alternativas de “otro” desarrollo:

el problema de las necesidades básicas.

Un ejercicio genealógico.

*Basic needs and “another” development: between “borders” and alternatives.
A genealogical exercise.*

Ana Lucía Grondona

Instituto de Investigaciones Gino
Germani/UBA/CONICET; Centro
Cultural de la Cooperación Floreal
Gorini. antrondona@hotmail.com

Resumen

El artículo presenta un estudio genealógico del diagnóstico sobre las “necesidades básicas”. Partiendo de reformulaciones recientes, desde la perspectiva de la historia del presente y del análisis materialista del discurso, se analizan diversos dominios de memoria en los que ese diagnóstico adquirió sus sentidos. Luego de revisar el contexto de “emergencia” del problema de las necesidades básicas insatisfechas a comienzos de la década del ochenta en la Argentina, el artículo revisa memorias discursivas previas inscriptas en el debate sobre los “límites del desarrollo” y las propuestas de “otro desarrollo” entre 1970 y 1983. A partir de ello, se vuelve observable el aspecto polisémico y polémico del diagnóstico en cuestión, usualmente desatendido en las revisiones críticas de la historia del concepto. En este recorrido, se exponen documentos relevantes para la conformación de los saberes expertos de la pobreza en América Latina, generalmente ausentes en los estudios especializados (vgr Modelo Latinoamericano). Estos documentos nos permiten cuestionar los análisis que asumen que la problematización alrededor de las “necesidades básicas” fue importada *desde* el centro *hacia* la periferia o *desde* los organismos internacionales *hacia* los países dependientes.

Fecha de recepción

6.12.13

Fecha de aceptación

12.3.14

Palabras clave: necesidades básicas – genealogía – memorias discursivas – “otro desarrollo” – historia del presente.

Abstract

The paper presents a genealogical study of the “basic needs” diagnosis. Based on a theoretical perspective that intersects history of the present and materialist analysis of discourse, we discuss various “memory domains” in which this diagnosis acquired its senses. After reviewing the context of the “emergency” of the question of basic needs in the early eighties in Argentina, the paper reviews previous discursive memories inscribed in debates around “the limits to growth” and alternative paths to build “another development” that took place between 1970 and 1983. This analysis allows us to observe the polysemic and controversial facet of the “basic needs” diagnosis, usually neglected by critical reviews of the history of the concept. Our analysis includes documents relevant to the formation of the knowledge on poverty in Latin America, generally absent in specialized research. These documents allow us to question approaches that assume that the problematization around “basic needs” was imported from “the center” to “the periphery” or from international organizations to dependent countries.

Key-words: *basic needs – genealogy – discursive memories – “another development” – current history*

Introducción: necesidades básicas, desigualdad, pesimismo, lucha, política y derechos.

El presente trabajo se inscribe en la denominada Historia del Presente (Foucault 1995, Dean 1994). A partir de esta perspectiva, presentamos los resultados de una indagación sobre la emergencia de la cuestión de las “necesidades básicas” como problema nodal para las políticas de desarrollo.

Para ello, partimos de una definición de “problematización” como ensamblaje de prácticas discursivas y no-discursivas que hacen ingresar un concepto o un diagnóstico en el juego de la verdad y la falsedad como objeto para el pensamiento (Foucault, 1984:

670). Según Robert Castel (2001), una problematización supone un *haz unificado de interrogantes* (cuyas características comunes es preciso delimitar), que *han emergido* en un momento dado (que hay que datar), que *han sido reformulados varias veces* a través de crisis en las que también se han integrado *datos nuevos* (hay que periodizar esas transformaciones), y que siguen vivos en la actualidad (idem: 18, énfasis nuestro).

Por su parte, Louis Althusser y Etienne Balibar (1967), han utilizado la noción vecina de “problemática”. Para estos autores la *delimitación* de problemáticas aparece como un modo de producir historia del conocimiento (en nuestro caso, de conocimiento experto). Este modo de abordaje requiere de una ruptura respecto de las unidades que se formulan como preexistentes en el discurso (“sistema”, “autor”, “teoría”, etc.), esto es, la investigación debe partir de la *rarefacción* (Foucault 1970: 200 ss) de ciertos presupuestos actualmente circulantes.

El trabajo que aquí presentamos asume, como punto de partida, uno de los modos en que contemporáneamente se reflexiona sobre la emergencia del problema de las necesidades. En particular, un modo de reflexión del que, aunque citaremos otra fuente, también nosotros hemos participado:

Las teorías de las necesidades básicas y de los umbrales de ciudadanía se basan en una posición teórica que en general plantea la inevitabilidad de la desigualdad en la distribución de la riqueza y responde en forma pesimista a la posibilidad de resolver este hiato de una manera que favorezca el aumento del bienestar; desmerecen las luchas sociales y la dialéctica entre los intereses del capital y el trabajo, junto al debilitamiento de la política como ámbito para disminuir las desigualdades sociales. Proponen desvincular la protección social de los derechos, llevando la satisfacción de las necesidades a un piso mínimo para los pobres (Alvarez Leguizamón 2005: 250, énfasis nuestro) (secuencia de referencia, SdR).

En lo que sigue, trabajaremos sobre los distintos elementos que hemos enfatizado en la secuencia de referencia. Este recorrido reconoce un impulso genealógico de echar luz sobre las luchas y las voces silenciadas en el complejo entramado que configura (de modos ciertamente paradójicos) las verdades del presente. Tal como advierte Foucault, este proyecto “encuentra” en la arqueología su método. En nuestro camino también echaremos mano de la perspectiva del análisis materialista del discurso (AMD), que a partir de trabajos como los de Michel Pêcheux y Jacques Courtine nos permiten reunir

la perspectiva del materialismo dialéctico con las inquietudes foucaultianas, en el marco de una reflexión teórica que se pregunta por las materialidades textuales y discursivas sin reducirlas al psicologismo de la intención.

El recorrido del texto se organiza a partir de cuatro tiempos y de cinco “estaciones” en las que nos detendremos para desentramar algunas de las memorias discursivas que, según entendemos, han semantizado el concepto de “necesidades básicas” como problema social y que permanecen actualmente obturadas (aunque, como sugerimos en las reflexiones finales, existan bajo la forma de huellas o indicios). Por cierto, nuestro viaje por el archivo no respetará cronologías ni proporciones. El ordenamiento de la serie documental que expondremos responde al objetivo de producir una hipótesis que se irá construyendo en el itinerario. Los diversos apartados tampoco respetan una organización según proporcionalidades, en tanto, nuevamente, lo que nos orienta es una pregunta sobre el presente antes que una de “reconstrucción” del pasado. Antes que organizar un apartado de presentación de nuestra perspectiva epistemológica y metodológica, hemos preferido exponerla “en funcionamiento” a lo largo del artículo.

Pues bien, en texto en el que se inscribe la SdR que citamos más arriba se señalan cuatro “grandes concepciones” sobre las necesidades básicas que “si bien ofrecen divergencias, coinciden en la problematización del mismo objeto del saber”: (1) la teoría de la agencia basada en los aportes de Amartya Sen; (2) “una postura crítica ecologista ambientalista” interesada en promover el “desarrollo a escala humana”, cuyo principal representante sería un trabajo de Manfred Max-Neef, Antonio Elizalde y Martín Hopenhayn en 1986 (*Desarrollo a escala humana*, del que citaremos una reedición de 1993); 3) la tercera es definida como una “postura crítica neo-estructuralista” y “socialdemócrata”, cuyos voceros serían Ian Gough y Len Doyal, particularmente en el trabajo de 1984 *A theory of human needs*; finalmente, (4) se señala la perspectiva del Banco Mundial “y demás organismos internacionales” que define como “más neoliberal, influenciada no sólo por las ideas de Amartya Sen, sino también por las propuestas de [Friederich] Hayek y [Milton] Friedman” (Leguizamón 2005: 256). No serán estas memorias las que concentrarán nuestro interés, sino otras, que conducen a sentidos alternativos del problema de las necesidades.

1. Primera estación: El “mapa de la pobreza”. Dominio de memoria 1

Uno de los hitos clave en el itinerario del problema de las necesidades básicas (NB) remite a los primeros años de la década del ochenta y la proliferación de estudios que graficaban la localización de las poblaciones con necesidades básicas insatisfechas. En este trabajo partiremos del modo en que esta problematización se produjo en el caso de la Argentina. Sin embargo, en virtud de los ensortijados recorridos de los sentidos asociados a esta cuestión, también deberemos referirnos a debates latinoamericanos e incluso globales. En ese punto, este artículo también reflexiona sobre los modos de *circulación* de los saberes expertos.¹

En 1984 el Instituto Nacional de Estadística y Censos de la Argentina fue convocado a producir un “mapa de la pobreza” útil para la distribución del Programa Alimentario Nacional. En el contexto de una creciente pauperización de sectores importantes de la población, afectados por el proceso inflacionario, el PAN se presentó como una de las primeras políticas focalizadas de atención a la pobreza. El proceso de producción de la información necesaria para el programa debía partir de los datos estadísticos existentes, en virtud de restricciones tanto operativas como presupuestarias. Esta empresa fue encomendada a Luis Beccaria y Alberto Minujín, quienes buscaron la colaboración del por entonces consultor de CEPAL (en Chile), Oscar Altimir.² En base a los estudios avanzados por CEPAL en aquellos años y al trabajo precursor de Sergio Molina de 1975 (“Mapa de la extrema pobreza”³ de Chile), se tomaría la información del último Censo (que lograba un nivel de desagregación hasta el radio censal, por lo general manzanas) y se construiría a partir de ella un sistema de indicadores de necesidades básicas.

Si analizamos esta primera medición de NB en la Argentina, pareciera inscribirse en la lógica que describe la SdR, según la cual a la formulación de grandes objetivos de construcción “humana” de un desarrollo basado en necesidades, le siguen operacionalizaciones mucho más modestas que apenas apuntan a garantizar mínimos biológicos. Ahora bien, cabe sopesar el desafío que presenta el análisis de los sentidos formulados en afirmaciones como la que sigue, que no encontramos en la “versión chilena” de 1975:

Si bien el contenido concreto, en términos de satisfactores, de las necesidades básicas solo puede ser determinado en el contexto social específico en que se manifiestan, su satisfacción surge como imperativo del reconocimiento universal de los derechos humanos. Además, por este mismo reconocimiento, aunque la medición de las situaciones de pobreza se concentre en las necesidades básicas materiales, no puede olvidarse que la satisfacción de estas solo adquiere sentido pleno en un contexto social de disfrute efectivo de los derechos humanos fundamentales (INDEC 1984: 10, énfasis nuestro).

Por una parte, el mecanismo descrito por la SdR parece comprender el proceso mediante el cual a un momento de enunciación de objetivos universales y generales, le sigue una programación mucho más moderada que opera a niveles de mínimos biológicos. Sin embargo ¿hasta qué punto se puede reducir esta formulación a ese mecanismo? Se trata, después de todo, de un documento publicado en 1984, un momento de *redefinición* de la noción de derechos humanos con intensas resonancias políticas. En este sentido, siguiendo la perspectiva del Análisis Materialista del Discurso (AMD), entendemos que existen condicionamientos discursivos del decir que exceden la lógica de administra-

ción reflexiva de “influencias”, pues superan al control de un sujeto psicológico delimitado a partir de perspectivas (tácita o explícitamente) liberales sobre la “consciencia”. Nuestro punto de partida para analizar la formulación de sentidos es otro:

La condición esencial de la producción y de la interpretación de una secuencia no es inscribible en la esfera individual del sujeto psicológico: ella reside de hecho en la existencia de un cuerpo socio-histórico de huellas discursivas que constituyen el espacio de memoria de la secuencia. El término interdiscurso caracteriza ese cuerpo de huellas como materialidad discursiva, exterior y anterior a la existencia de una secuencia dada, en la medida en que esa materialidad interviene para constituirlo. Lo no-dicho de la secuencia no es entonces reconstruible sobre la base de operaciones lógicas internas, reenvía aquí a lo ya dicho, a lo dicho afuera (Pêcheux 1983, en Glozman-Montero 2010: 86, énfasis nuestro).

La aparición de las huellas señaladas resulta, desde nuestra perspectiva, una marca de las Condiciones de Producción (CP⁴) de la secuencia al interior de una red interdiscursiva. Ahora bien, este nivel de “lo interdiscursivo” resulta abstracto, pues remite a una dimensión asimilable a la de “lo ideológico” (en sentido althusseriano) o de “lo inconsciente” (en términos lacanianos). La perspectiva del AMD, sin embargo, nos permite recortar distintos “dominios”, como ámbitos discursivos a partir de los cuales analizar las formas en las que el interdiscurso opera en determinada secuencia discursiva –bajo la forma de cita, de presupuesto, pero también de silencio y olvido.

De este modo, pueden distinguirse “dominios de actualidad” de una determinada formulación o secuencia de referencia (SdR). Éstos se delimitan en el proceso de investigación a partir del trabajo con discursos contemporáneos (de un mismo campo, de campos concomitantes, pero también de otros cuyos vínculos resultan menos “evidentes”) y que, según una hipótesis preliminar (a veces una intuición⁵), participan en la formulación de su sentido.

Por otra parte, pueden delimitarse diversos “dominios de memoria”, a partir de formulaciones previas a la SdR que, nuevamente según la hipótesis del investigador, conformarían la memoria de discursos retomados, resignificados y denegados a partir de los cuáles la secuencia de referencia trama su sentido.

En tercer lugar, aparece la interesante noción de “dominios de anticipación”, que remite a los efectos de antelación de ciertas formulaciones. Si esto resulta inasible en el caso de toma como secuencia de referencia, formulaciones de *nuestro* presente, aparece como una interesante dimensión de análisis en el caso de estar trabajando con discursos del pasado. En efecto, bien puede sostenerse que la cita del INDEC que transcribimos más arriba tiene un “efecto de anticipación” respecto de debates *actuales* alrededor de la denominada “perspectiva de derechos” (Grondona 2014).

Sigamos, entonces, con nuestra exploración en el archivo, sabiendo ahora que se trata de un recorrido por diversos “dominios de memoria” del diagnóstico de las necesidades básicas.

2. Estación Altimir-Graciarena. Dominio de Memoria 2.

Como señalamos más arriba, el documento de INDEC 1984 contó con el aporte central de Oscar Altimir. Más allá de las condiciones históricamente analizables de la circulación de este experto, existen huellas discursivas que nos muestran que el documento del INDEC es un nudo en una red de reformulaciones. Tomemos, por caso, la siguiente cita:

[El concepto de necesidades básicas] quedaría incompleto si sólo incluyera necesidades materiales. Sólo para propósitos de medición se puede justificar la concentración en las necesidades básicas materiales. Pero la satisfacción de éstas sólo adquiere sentido, como imperativo universal, en un contexto social de disfrute efectivo de los derechos humanos fundamentales (Altimir 1978: 27, énfasis nuestro)

La analogía con la cita del INDEC que transcribimos más arriba resulta evidente. Además de señalar esta resonancia entre los textos trabajados, nos interesa en particular destacar otro aspecto del documento de 1978: en él se insinúa una *polémica* que comienza a inscribir (para nosotros, en este recorrido) la delimitación del problema de las necesidades en una trayectoria de luchas conceptuales, pero también sociales, por definir formas alternativas de desarrollo.

Antes de ello, corresponde una breve presentación del trabajo de Altimir *La dimensión de la pobreza en América Latina*, un informe inaugural realizado en el marco de un proyecto de investigación sobre la medición y el análisis de la distribución del ingreso en los países de América Latina (CEPAL-BIRF). Allí, el autor desarrollaba “las primeras” líneas de pobreza y de indigencia para distintos países de la región y estimaba, en virtud de ellas, la incidencia de estos fenómenos en el continente.

Pues bien, al reponer el estado del arte de los debates contemporáneos, Altimir señalaba que en el campo de estas discusiones había una tendencia a “identificar el uso del concepto de *pobreza* con las *políticas más conservadoras* de mitigación de la pobreza y el uso del concepto de *necesidades básicas* con las *estrategias más radicales* de reorientación de desarrollo y de reorganización del orden social” (1977: 22, énfasis nuestro).

De este modo, se introduce una *disputa* a partir de la cual lo que en nuestro presente parece irremediabilmente unido (los diagnósticos de la pobreza y la pregunta por las necesidades básicas), se presentaba en 1978 “por separado”, organizado en campos antagónicos. Altimir distingue las posiciones radicales (entre las que cita el Informe Hamarskjöld de 1975 y el informe del Programa Mundial de Empleo de 1976, sobre los que volveremos) y posiciones más moderadas (que no delimita con la misma claridad). Encontramos una perspectiva similar en un trabajo de Jorge Graciarena⁶ publicado por primera vez en 1979 en la Revista de CEPAL. Allí la relación entre los discursos sobre la pobreza y los de las NB aparece como un antagonismo aún más radical que en la descripción de Altimir. Al respecto, resulta esclarecedor el título del primer apartado del capítulo: “Dos propuestas antitéticas: pobreza *vs.* necesidades básicas”. Por cierto, también resulta más clara la delimitación de la posición centrada en el problema de la pobreza, que se asigna, fundamentalmente, al Banco Mundial –vgr. el discurso de Robert Mc Namara en *The assault on world poverty* de 1973. El modo en que Graciarena inscribe este debate (pobreza *versus* necesidades) en un horizonte más vasto de la lucha política tampoco deja demasiado lugar a dudas⁷:

El presupuesto fundamental de los planteos sobre la *pobreza* es la necesidad de *asegurar la continuidad del sistema social* [...] *La revolución social es la amenaza temida que se lucha por evitar, mientras que para la propuesta del “otro desarrollo”, ella constituye la esperanza que abre la posibilidad de un futuro más promisorio* (Graciarena 1979: 44, énfasis nuestro).

Además de distanciarse de la “típica solución conservadora y tecnocrática” de los interesados por la *pobreza* y de separar dos conceptualizaciones que en el presente aparecen superpuestas, la cita presenta una lógica de dispersión de sentidos cuya gramática (de antagonismos) resulta muy diversa a la de la SdR, según la cual el discurso sobre las necesidades básicas desmerecía *las luchas sociales y la dialéctica entre los intereses del capital y el trabajo*. Pues bien, a continuación indagaremos en las posiciones promotoras de “otro desarrollo” a las que se refería Jorge Graciarena.

3. Estación “otro desarrollo”. Dominio de Memoria 3.

Entre las fuentes que citan los autores a los que nos referimos en el apartado anterior

encontramos un informe del Programa Mundial de Empleo (Organización Internacional del Trabajo) de 1976 y otro presentado a las Naciones Unidas en 1975 (Fundación Hammar skjöld 1975).

Ahora bien, antes de avanzar sobre estos documentos, bastante más recordado en los trabajos actuales sobre desarrollo y pobreza, nos interesa otro, generalmente olvidado, al que también remite Jorge Graciarena: *¿Catástrofe o nueva sociedad modelo mundial latinoamericano?* que recoge el trabajo realizado por la Fundación Bariloche entre 1970 y 1975⁸. Este documento dará el puntapié para adentrarnos en los debates sobre “otro desarrollo” y encontrarnos con interlocutores que el sociólogo argentino retoma, pero también con otros que no recupera.

Indudablemente, los documentos que analizaremos en esta estación remiten a una coyuntura histórica muy diversa a aquella en la que se producía “el mapa de la pobreza” en Argentina. En primer lugar, la geopolítica global estaba estructurada a partir de un orden bipolar que llegaría mucho más resquebrajado a los primeros años de la década del ochenta. La memoria de la Revolución Cubana estaba aún fresca, al tiempo que se ensayaban nuevas alternativas hacia el socialismo (notablemente, Chile). Al mismo tiempo, en el marco de la denominada crisis del petróleo se desaceleraba el desarrollo industrial a escala global y comenzaban a plantearse los límites del crecimiento (punto sobre el que volveremos). En ese mismo marco, avanzaban los primeros experimentos de Estado neoliberal, muchas veces mediante una articulación con formas inéditas de violencia represiva. Mirado desde el presente, el período 1970-1975 se muestra como un campo de batalla política, económica y cultural en la que se definían las orientaciones del gobierno de las poblaciones para las siguientes décadas.

3.1. El Modelo Latinoamericano

El Modelo Mundial Latinoamericano (MML) se inscribió en una coyuntura signada por una pregunta que se presentaba inconfundible: ¿qué ocurriría con los recursos, en particular con los “no-renovables”, si se persistía en los mismos niveles de crecimiento económico? En términos geopolíticos: ¿cuál era el grado de “dependencia” de los países centrales respecto de aquellos en condiciones de proveerles materias primas para sostener el crecimiento? (Furtado 1976⁹) Las variables económicas y poblacionales presionaban sobre los recursos y montaban un juego de riesgos “globales”, en virtud del cual el crecimiento del PBI (clásico indicador del grado de desarrollo de una economía) devenía un criterio de medición insuficiente e incluso equívoco.

Estas inquietudes, junto con el desarrollo de la tecnología informática, movilizaron nuevos dispositivos del saber experto: modelos matemáticos que tomaban “la economía mundial” como ámbito en el que ensayar la proyección de escenarios.

Un acontecimiento ineludible en la cronología de esos debates fue la reunión auspiciada por el Club de Roma¹⁰ en 1970. Ésta fue convocada, junto con el Instituto Universitario de Pesquisas de Río de Janeiro, con el propósito de analizar y discutir el denominado *Modelo Mundo III*, construido por el grupo dirigido por Dennis Meadows en el *Massachusetts Institute of Technology* (MIT), cuyos resultados fueron publicados como libro en 1972 (*The Limits to growth*).

Desde esta perspectiva, los factores determinantes del inevitable callejón sin salida del desarrollo eran el crecimiento de la población, los rendimientos deficitarios en la producción agrícola (alimentos), los límites de los recursos naturales, la producción industrial y la contaminación. Estas restricciones parecían orientar el sentido de la intervención hacia un congelamiento del crecimiento económico en los países centrales (para no seguir presionando sobre los recursos escasos) y un estricto control de la natalidad en los países periféricos.

A partir de la incomodidad con la presentación de estos resultados –que proyectaban una sombra sobre las esperanzas del desarrollo, pero que además asignaban responsabilidades equivalentes entre los países desarrollados y subdesarrollados– un grupo de científicos latinoamericanos diseñaría un modelo alternativo. Reunidos en torno de la Fundación Bariloche¹¹ y dirigidos por Amilcar Herrera¹², en 1976 publicarían los resultados que conformaron el “Modelo Latinoamericano”.

Según se explica en el documento *¿Catástrofe o Nueva Sociedad?- El Modelo Mundial Latinoamericano*, el ejercicio se inscribió en la lógica de la planificación normativa, que suponía delimitar un estado de cosas deseable, estimar los recursos requeridos para llevarla a delante y calcular la *factibilidad* de realizar tal visión. Para ello, se procedería a la construcción de otro modelo matemático, que a partir de un cálculo multivariado (también mediante el uso de computadoras) podía señalar los cambios necesarios no sólo para evitar la catástrofe que el modelo del Club de Roma asumía como inevitable, sino para construir un mundo *justo*¹³.

En la delimitación de la visión del mundo deseable (que se comprobaba, además *científicamente viable*), la cuestión de las “necesidades básicas” ocupó un lugar clave. Ellas fueron delimitadas como modo de operacionalizar *el verdadero indicador de un desarrollo óptimo*: el incremento de la *esperanza de vida al nacer*.

Desde la perspectiva de la Fundación Bariloche, para evitar “la catástrofe” era menester un verdadero cambio civilizatorio. De allí que el primer objetivo del MML fuera producir una *sociedad igualitaria*, tanto social como *internacionalmente*, cuyo principio fuera el reconocimiento de cada ser humano como ser dotado de un derecho inalienable a la *satisfacción de las necesidades básicas* –alimentación, vivienda, salud, educación.

La sociedad propuesta se alejaba de las pautas del consumismo: la producción debía determinarse por las necesidades sociales y no por la ganancia. Ello suponía una crítica lacerante al modo de vida de los países desarrollados cuya “ejemplaridad” –clásica de la formación discursiva desarrollista– se impugnaba.

Asimismo, tal como expresa el MML, en la nueva sociedad el concepto de propiedad carecería de sentido, tanto bajo la forma privada como estatal; en su lugar, se proponía una economía de *uso* de los bienes de producción y de la tierra mediante un régimen que sustituyera la propiedad por la *gestión*, a partir de organizaciones de producción, entes comunitarios *ad hoc*, las comunas o al Estado¹⁴ (Fundación Bariloche 2006¹⁵: 7). El impacto del modelo fue importante, aun cuando resulte prácticamente desconocido para la bibliografía reciente sobre estudios de pobreza y desarrollo en la región. Este trabajo formó parte de una serie de producciones expertas que pensaban el desarrollo a la luz del problema de las necesidades, así como del imperativo de cuidar los recursos naturales del planeta.

Entre sus múltiples repercusiones inmediatas, se destaca un debate con Oscar Varsavsky –autor al que volveremos en breve– en el que éste acusaba al equipo liderado por Amílcar Herrera de “defensores o colonizados culturales de la civilización norteamericana” (Varsavsky 1976¹⁶: 144). Frente a ellos, Varsavsky proponía un “contra-club” que partiera como premisa de que “los problemas de la humanidad actual sólo podrán resolverse transformando la sociedad a través del socialismo” (ídem). A su tiempo, Herrera respondía afirmando que:

Nuestro modelo postula un mundo igualitario, tanto social como internacionalmente; no consumista; con la producción regida exclusivamente por las necesidades humanas y no por la ganancia; con el aprovechamiento total de la capacidad creativa y de trabajo de todos los seres humanos; y con participación plena e igualitaria en todas las decisiones sociales. No creo que Varsavsky ni nadie, pueda llevar su ingenuidad política hasta el punto de creer que esta sociedad se pueda alcanzar “sin poner en peligro el predominio de las grandes potencias y las clases privilegiadas”. Por otra parte, no alcanzo a ver el contraste entre esta sociedad y la que postula Varsavsky: “nacional, participante, solidaria, creativa” (Herrera 1976: 146)

Como queda expuesto, Herrera ratifica la inscripción de un desarrollo centrado en las necesidades que reconoce el papel del conflicto en el horizonte de la transformación social. Como saldo adicional, los sentidos presupuestos en este debate nos permiten

hipotetizar respecto de cierto régimen de enunciabilidad en el que podía (y debía) afirmarse la necesidad de *superación del horizonte capitalista*, aun cuando ello no necesariamente supusiera una aceptación del socialismo realmente existente (en particular, la versión soviética).

En lo que refiere al concepto de FB sobre “necesidades humanas”, en 1972, en un trabajo sugerentemente intitulado “Sobre las necesidades del ser humano y su relación con las teorías del mundo”, Carlos Mallmann, hombre clave de la Fundación Bariloche, planteaba la imperiosidad de definir un proyecto mundial que partiera de que

El objetivo de la humanidad que proponemos es el de lograr que todos y cada uno de los habitantes presentes y futuros de nuestro planeta —nave espacial que compartimos— puedan, mediante sus actividades, satisfacer en forma genuina sus necesidades cuantitativas y comparativas de ser y de acceder (Mallmann 1972: 2).

En virtud de ello, el trabajo se proponía definir y delimitar las necesidades cuantitativas—aquellas que se satisfacen a partir de un incremento de satisfactores— y las comparativas — que suponían formas de redistribución de la riqueza. Las necesidades cuantitativas se organizan entre aquellas del “acceder”— que incluyen necesidades biológicas (individuales: alimentación, vestido; habitacional y material, ejercicio físico), necesidades protectivas (medicina, seguridad, comunicación y transporte), necesidades intelectuales (educación, hábitat mental, ejercicios mentales) y necesidades del “ser” (el requerimiento de *indispensabilidad* afectiva, expresiva y activa, de *autonomía* afectiva, expresiva y activa; así como, de *participación* afectiva, expresiva y activa).

En relación con las necesidades comparativas, estas refieren a la distribución de satisfactores, y con ello a los valores de *igualdad* y *justicia*. Sin embargo, tal como se aclara, esta igualdad no debe ser absoluta, pues existen diversas necesidades y “estilos de vida”.

En cualquier caso, esta definición contrasta con la interpretación que proponía nuestra SdR respecto de los modos en que se ha problematizado la cuestión de las necesidades. Lo mismo puede decirse de las definiciones que analizamos en el apartado a continuación.

3.2. Informe Hammarskjöld

Este informe recibió su nombre en homenaje al Secretario General de la ONU. Fue elaborado por un grupo de expertos en desarrollo económico y presentado a la Asamblea General en 1975. A diferencia del caso anterior, se trata de un conjunto de proposiciones que no se fundan ni en el cálculo ni en la programación de las condiciones de “otro desarrollo”. Otra diferencia relevante es que el Informe Hammarskjöld se instaló

como referencia ineludible en los debates sobre “otro desarrollo”, aún más allá de su contexto inmediato de emergencia.

En efecto, algunos años después Max Neef (antecedente “reconocido” del debate sobre NB, *ver supra*) señala que la publicación de *Desarrollo a escala humana* en 1984 fue resultado de un proyecto “realizado de manera conjunta por el Centro de Alternativas de Desarrollo (CEPAUR) de Chile y por la Fundación Dag Hammarskjöld de Suecia”. El informe aludido, había nacido “de la necesidad de *situar en el contexto latinoamericano* (y a la luz de los cambios de escenario ocurridos durante el último decenio) *la propuesta contenida en el Informe Dag Hammarskjöld de 1975* «Qué hacer: Otro Desarrollo»” (Max Neef 1933: 18, énfasis nuestro). Se trata de una sentencia por demás problemática, sobre la que volveremos.

Según se explicita en el documento de Hammarskjöld, los pilares de “otro desarrollo” indican que éste: (1) debe estar orientado enteramente hacia la *satisfacción de las necesidades*, empezando por la eliminación de la *miseria*; (2) debe ser endógeno y *autodependiente*, es decir, se apoya sobre las fuerzas “propias” de las sociedades que lo emprenden y, finalmente, (3) se encuentra en *armonía con el medio ambiente*.

A contramano de las hipótesis maltusianas del Club de Roma, el problema no era la escasez, sino la *distribución*¹⁷. La mejora de la calidad de vida, al igual que la hipótesis del MML suponía también una reducción del despilfarro.

En el documento se afirma que entre las *condiciones* de otro desarrollo estaba la transformación de las estructuras. Entre ellas, la modificación en el orden internacional, particularmente en lo referido a la escasa participación del Tercer Mundo, de la que se derivaba la necesidad de readaptar el sistema de representaciones y participaciones del sistema de las Naciones Unidas. En este marco, se cuestionaban tanto las posiciones clásicas de la “teoría del derrame” y de la hipótesis del “despegue”, como la revisión de la estrategia de desarrollo propuesta hacia 1971 en el marco de la ONU.¹⁸ En todos los casos, la estrategia internacional había desatendido tanto las necesidades humanas como ecológicas.

En sintonía con lo expuesto, se subraya la imperiosidad de sostener naciones autodependientes, movilizándolo para ello, como ejemplo deseable, la imagen de la Argelia de 1962, que había comenzado a creer en sus propias fuerzas, condición para un desarrollo endógeno y autodependiente. La resonancia del discurso anticolonial en la delimitación del proyecto de “otro desarrollo” centrado en las necesidades resulta un elemento interesante que, entendemos, debe incluirse en el análisis.

Aunque esta construcción de una alternativa centrada en las “necesidades básicas” se muestra afín a las del Modelo Bariloche, también se observan formulaciones que parecen más cercanas a los sentidos “minimistas” de la secuencia de referencia. En efecto, también observamos deslizamientos en los que junto con estas afirmaciones generales sobre los objetivos del otro desarrollo (“las necesidades ya son derechos”, Fundación Hammar skjöld 1975: 27) se sostiene la necesidad de privilegiar la satisfacción de las necesidades básicas, particularmente “asegurar la satisfacción de las necesidades *fisiológicas* de los *grupos vulnerables*”. En efecto, la cuestión de la “miseria” como objetivo de las políticas de “otro desarrollo” aparece aquí de un modo más protagónico.

3.3. Informe Leontief

Entre 1973 y 1976 la ONU, en el marco de las iniciativas para el *Segundo Decenio del Desarrollo*, designó a Wassily Leontief como responsable de diseñar un modelo proyectivo capaz de evaluar los impactos ambientales en el desarrollo.

El objetivo del trabajo de Leontief era estudiar las interrelaciones entre el crecimiento y la emergencia de determinadas cuestiones que eran definidas como problemas económicos asociados a ciertos *costos*: la disponibilidad de recursos naturales, el grado de contaminación resultante de la producción de bienes y servicios, así como el efecto económico de las políticas de lucha contra el daño ambiental (políticas de abatimiento). Ello suponía una revisión de las metas dispuestas para la segunda década de desarrollo, a fin de analizar si eran o no congruentes con el stock de recursos y el modo en que estaban distribuidos.

El modelo,¹⁹ cuyos datos estaban ordenados sobre el principio de la matriz insumo-producto,²⁰ corrió proyecciones alternativas para los años 1980, 1990, 2000. Los diversos escenarios hipotéticos (guiones) suponían un juego distinto entre la tasa de crecimiento, el PBI per cápita y la tasa de crecimiento de la población.

Una de las conclusiones a las que se arribaba a partir del modelo era que las metas de crecimiento establecidas en 1971 no eran suficientes para reducir la brecha entre los países desarrollados y no desarrollados. Sin embargo, los límites al desarrollo no eran efecto de barreras físicas insuperables (crecimiento poblacional, agotamiento de recursos, aumento de la contaminación) como presagiaban los pesimistas del Club de Roma. Por el contrario —en consonancia con lo expuesto por el MML—, se trataba de límites políticos, sociales e institucionales. Así, por ejemplo el problema “más acuciante” de alimentar a la población mundial, en rápido incremento, podía resolverse mediante la explotación de tierras arables y la intensificación de la productividad del agro.

La superación de los límites del desarrollo requería de una redistribución más equitativa sobre todo a nivel del comercio internacional. Efectivamente, aunque había menciones

al problema de la distribución del ingreso al interior de las economías nacionales²¹, la inquietud se orienta a un análisis de las relaciones internacionales de desigualdad (nuevamente, en sintonía con la perspectiva del MML).

Aunque este informe no refería a la cuestión de las necesidades humanas básicas, sino que se centraba en el problema ecológico, muchas de sus proyecciones fueron retomadas en el seno del debate que aquí nos interesa. En particular sería el caso del informe OIT-PME de 1976 que analizaremos en la siguiente estación.

4. Cuarta estación “¿otro desarrollo?”. Dominio de Memoria 4.

Los textos que revisaremos en esta estación están articulados, de un modo u otro, en el informe “Empleo, crecimiento y necesidades esenciales: Problema mundial”, presentado en 1976 en la Conferencia Mundial Tripartita de la OIT. Este documento, como veremos, funciona como un nudo en una red, en la que también se tejen (y resignifican) los discursos analizados en la estación anterior.

La reunión de 1976 para la que fue producido y, en general, las iniciativas del Programa Mundial de Empleo (PME) (creado en 1969) constituyeron una intervención clave de la OIT en los debates sobre los “límites” y las posibilidades de “otro” desarrollo. Entre los aportes fundamentales del PME a este debate se encuentra el diagnóstico sobre el *sector informal urbano* desde 1972 (Grondona 2014), así como el interés otorgado a la cuestión de las *necesidades* desde 1975.

Ahora bien, las “necesidades” serían definidas, no ya desde el paradigma igualitarista que proclamaba el MML, sino como “el nivel de vida mínimo que una sociedad debería establecer para los *sectores más pobres de su población*” (PME 1976: 7). Lo que, por ejemplo, en el caso del Informe Hammar skjöld aparecía como un *deslizamiento* hacia la cuestión de la miseria se presentaría en el documento del PME como un recentramiento más radical en el que la problematización de la pobreza y la de las necesidades (ahora sí) *se superpondrían*. Entendemos que en ello fue fundamental la articulación de algunos elementos del debate sobre necesidades con otros provenientes de los trabajos desarrollados por el Banco Mundial en torno a la distribución del ingreso.

Además de constituirse en una referencia ineludible de las mutaciones del debate sobre las necesidades, este documento es un testimonio de la circulación del MML en el seno del debate de los organismos internacionales. Este hecho torna aún más curiosa la obliteración de la que fue objeto el documento coordinado por Amilcar Herrera. Obliteración que confirma la cita del párrafo de Max-Neef que transcribimos un poco más arriba, pues allí se presuponía la necesidad de que América Latina “importara” los debates del “otro desarrollo” producidos por la Fundación Hammar skjöld (es decir, producidos por “el centro”²²).

Sin embargo, a partir del documento OIT-PME de 1976 podemos inferir que los desarrollos conceptuales sobre la cuestión de las necesidades circularon también *desde el sur hacia el norte, desde la periferia al centro*. Hubo una simultaneidad en la circulación del informe de Hammarskjöld y los trabajos dirigidos por Amilcar Herrera. En virtud de ello, la denegación de este último discurso como memoria del debate de las necesidades resulta aún más interesante.

Tal como afirmamos en las primeras páginas, la detección de resonancias y ecos del pasado poco nos dicen respecto del *sentido* que éstos producen. En el caso del documento de 1976 intentaremos mostrar que se introdujeron importantes redefiniciones respecto del MML. Sostendremos que se trata de una torsión que, a diferencia de las que analizamos más arriba, supusieron –de hecho– una (primera) “domesticación” de los sentidos propuestos por el modelo de Herrera. El mecanismo de deslizamiento en el documento del PME 1976 opera a través de la redefinición de la cuestión de las necesidades en un problema técnico: *¿cómo hacer?* (no ya “¿qué hacer?”, como se preguntaba el Informe Hammarskjöld). En esta inflexión se articulan diversos documentos, cuya combinación, necesariamente, los redefiniría: el informe Leontief, el modelo Bariloche (ambos ya reseñados), el informe del BM de 1974 y (fundamentalmente) dos documentos preparatorios requeridos por la OIT en 1975. A continuación analizamos estos documentos, pero fundamentalmente los modos en que éstos se reinscribieron en el documento del PME de 1976.

4.1. El modelo del BM de 1974:

A partir de la pregunta sobre los “modos de”, en el informe del PME de 1976 se recurre a un trabajo que había sido realizado en el marco de un financiamiento del Banco Mundial y el Instituto de Estudios sobre el Desarrollo de la Universidad de Sussex de 1974. Allí no se trabajaba sobre la cuestión de las necesidades, sino sobre la relación entre crecimiento y distribución de la riqueza.

El modelo se interrogaba por la distribución en los países subdesarrollados. Así, la pregunta de este trabajo remitía a las condiciones de mejor distribución del ingreso y el consumo, con particular atención sobre los sectores de menores ingresos de los países más pobres. A ellos se los denomina “low-income target groups”. En este punto, resulta importante subrayar que la inquietud de este modelo remite a la distribución *al interior* de la población y no ya a las relaciones desiguales entre centro y periferia. Una operación cabal en el documento del PME de 1976, sobre la que volveremos, sería el desplazamiento desde el problema del *nuevo orden internacional* a la cuestión de los *deciles más pobres de ingresos*.

El modelo del BM retomaba la retórica propia del diagnóstico sobre la dualidad de la economía y, particularmente del mercado de trabajo, de un modo afín a las explicacio-

nes centradas en el *capital humano* como variable determinante. En este modelo, preocupado por las economías segmentadas en las que conviven sectores modernizados y otros tradicionales, las variables fundamentales eran la distribución de capital, la productividad, los ingresos, el crecimiento poblacional y el ahorro. Se presuponían tres grandes grupos socioeconómicos, el 40% más pobre, el 40% de ingresos medios y el 20% más rico. En un primer momento se analizaba la incidencia de las diversas variables en la distribución y el crecimiento, para luego, en una segunda instancia, estudiar los posibles impactos de políticas orientadas a la distribución.

En esta segunda parte, se sopesaban los impactos de una política únicamente orientada al crecimiento del PBI, posibilidad rápidamente descartada por insuficiente, en virtud del improbable incremento que se requeriría para impactar sobre las poblaciones pobres. A partir de ello, se evaluarían diversas alternativas: la fijación de políticas que actuaran sobre los precios relativos, transferencias monetarias para el consumo, a nivel de la inversión y redistribución de bienes de capital (vgr. reforma agraria). Junto con la reforma agraria, la opción preferida sería la de invertir en “activos”. Ello incluía el gasto público en educación, pues se partía del presupuesto de que la retribución en el mercado se vinculaba con la propiedad y utilidad de cierto capital (incluido el humano).²³ Esta perspectiva dista en mucho de aquellas que ponían las desigualdades estructurales como foco del diagnóstico, a partir de una mirada singularmente sensible al conflicto de intereses. El lenguaje del BM era indudablemente distinto al de Bariloche y al de Hammarskjöld.

4.2. Documentos preparatorios OIT 1975

Sobre las bases del modelo proyectivo de las Naciones Unidas (Leontief), en distintos trabajos comandados por la OIT en 1975 circulaba la pregunta respecto de cuáles eran los niveles que debían alcanzar determinadas variables (demográficas, económicas) para satisfacer las necesidades básicas hacia el año 2000. El modo en que las NB eran definidas retomaba la perspectiva de la Fundación Bariloche y del MML, aunque con algunas “precisiones” respecto de los umbrales de satisfacción.²⁴ En lo que sigue, nos detendremos en dos de los documentos preparatorios de la Conferencia Tripartita de 1976, referidos directamente por el documento final de la conferencia.²⁵

En un análisis de estos trabajos observamos que, lejos del postulado igualitarista del Modelo Latinoamericano²⁶, la pregunta por la igualdad se troca por otra: *cómo garantizar una mejora en las condiciones de vida del 20% más pobre de la población*. Ello en sintonía con la preocupación del BM, que expusimos más arriba. Pues bien, en virtud de esta inquietud, en los documentos preparatorios de 1975 se avanzaría en la definición de una canasta básica y del ingreso necesario para obtenerla.

Por cierto, el interés respecto del 20% más pobre estaba ya presente en el Modelo Latinoamericano, pero tan sólo de modo accesorio y frente a una argumentación puntual. Hacia el final del documento publicado en 1975, se polemizaba con las posiciones que sostienen la necesidad de *primero* garantizar el crecimiento y *luego* distribuir. En virtud de ello, se volvía a “correr” el modelo para determinar el nivel de crecimiento que debía garantizarse para que, manteniendo la estructura de distribución del ingreso, *todos* los miembros de la sociedad tuvieran garantizada la satisfacción de sus necesidades. El *indicador*²⁷ para ello era que el nivel de ingreso promedio del 20% más pobre excediera el de la “canasta” de dichos bienes. Como puede imaginarse, los resultados ratifican la necesidad de operar transformaciones drásticas en la estructura de la distribución del ingreso a todo nivel.

El punto que no debe dejar de subrayarse es el movimiento por el cual el 20% más pobre de la población pasa de ser el indicador del cumplimiento absoluto de metas igualitarias, a transformarse *en una subpoblación sobre la que debe focalizarse la intervención*²⁸. Este mecanismo de traducción/reformulación, depende de la articulación del MML (restringido a su papel en la definición de necesidades básicas) con las preguntas por la distribución según habían sido formuladas, por ejemplo, por el BM en el modelo de 1974. Ello supone una redefinición, sobre la que aparece una reflexión explícita:

El modelo de Bariloche no está siendo utilizado aquí para los fines para los que fue construido, sino que utilizamos su estructura para determinar el ingreso equivalente a un conjunto de necesidades básicas. El modelo de Bariloche fue diseñado para proporcionar una respuesta a las ideas maltusianas de Forrester y el Modelo del Mundo III de Meadows, al demostrar que dada una distribución de la renta totalmente igualitaria y una asignación “racional” de los recursos escasos, es posible (...) sostener crecimiento de la población mundial de tal manera que cada individuo satisfaga sus necesidades básicas (...)

El enfoque adoptado en este trabajo es la identificación de un grupo objetivo (el 20 % de individuos más pobres, es decir, el quintil más bajo de la distribución del ingreso de las personas que reciben salarios o ingresos en especie) y examinar la combinación de tasa de crecimiento del PIB y la redistribución del ingreso que se necesita para permitir que, en promedio, este grupo objetivo obtenga un ingreso que le permita satisfacer sus necesidades básicas (Hopkins and Scolnik 1975: 9, traducción nuestra).

En este punto, resulta fundamental señalar que quien coescribía el documento del que extrajimos la cita precedente era Hugo Scolnik, un matemático que había formado parte de la Fundación Bariloche y que tuvo a cargo el diseño matemático e informático del Modelo Latinoamericano.

Al respecto, algunos años después, Scolnik, recapitulando la historia del MML afirmaba que “el primer paso fue definir las “necesidades básicas” en términos de expectativa de vida al nacer, consumo de proteínas y calorías, vivienda, educación” y que “la burocracia internacional pronto incorporó estos conceptos como si fueran de elaboración propia” (Fundación Bariloche 2006: 24).

Una evaluación respecto de la (in)coherencia sería un atajo poco interesante para reflexionar sobre el itinerario de las nociones del Modelo Bariloche (¿traducidas? ¿robadas? ¿traicionadas? ¿olvidadas?). Por el contrario, parece necesario dar lugar a pensar las determinaciones materiales de su circulación. Entonces, más allá de éste o aquél sujeto psicológico (del que no podríamos, ni querríamos ocuparnos), deberían pensarse los regímenes de lo que puede y debe ser dicho desde una posición –como respuesta polémica al Modelo de Meadows- y desde otra – la apuesta de poner efectivamente en marcha “un nuevo desarrollo” en el marco del PME-OIT.

Entre ambas posiciones media una distancia que parece abismo. Si en la discursividad de la Fundación Bariloche el esfuerzo es el de mostrar que “otro desarrollo” era *posible*, en el informe de la OIT de 1976 y en el documento co-escrito por Scolnik el año anterior, importaba delimitar las condiciones objetivas en las cuales ello puede ser no sólo *viable*, sino *viabilizado*, asunto que requiere de operaciones de atemperación y ajuste a perspectivas más acotadas.

Por su parte, el documento preparatorio elaborado por Joseph Stern – quien había participado en el desarrollo del modelo mundial de Leontief y la ONU- también hacía foco sobre la articulación entre el modelo organizado a partir de la matriz insumo-producto y el trabajo de la Fundación Bariloche. Ello supondría, nuevamente, la redefinición de los elementos involucrados. El MML quedaría reducido a un estudio capaz de definir ciertas necesidades básicas en función de los cuales delimitar umbrales de pobreza.

Así se unían perspectivas que Oscar Altimir y Jorge Graciarena encontraban tan claramente separadas (necesidades básicas vs pobreza). Ahora bien, aún en las formulaciones del PME de 1976 ciertas preguntas, sobre las relaciones norte-sur, sobre las responsabilidades en el cuidado del medio ambiente –por citar algunas-, permanecían abiertas en la interrogación sobre las posibilidades de “otro desarrollo”. Entendemos que desde otras posiciones (discursivas, pero fundamentalmente políticas) la definición de las alternativas al desarrollo iban a articular la cuestión de la pobreza y las necesidades (una vez

“disuelto” el antagonismo) con cuestionamientos radicales a la centralidad de determinados significantes (industria, estado, nación) como pivotes del crecimiento económico de la región. Este entramado discursivo tomaría elementos del “otro desarrollo”, pero deslizaría hacia una propuesta que podríamos delimitar como “*fin del desarrollo*”. Comenzaba la era del ajuste estructural. En sus albores, el diagnóstico de las necesidades básicas sería objeto de una redefinición incluso más radical que en los documentos vinculados a la reunión PME-OIT de 1976. Antes de revisar esta deriva, nos aguarda una última referencia a la década del setenta, que, en el ámbito de la planificación nacional y regional, aporta una nueva red semántica para alimentar la plurivocidad del problema de las “necesidades”.

4.3. Perón, Varsavsky, CEPAL y los “estilos de desarrollo”

De modo simultáneo a los debates que se registraban en la Fundación Bariloche, al calor de años convulsionados en términos de lucha política, entre los objetivos el Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional de 1973 impulsado por el tercer gobierno de Juan Domingo Perón, se afirmaba que:

Este es un plan de liberación. Liberación de las necesidades básicas de los argentinos, cuya satisfacción les será asegurada, cualquiera sea su actividad o el lugar en que vivan. Liberación de la arbitrariedad de los poderosos. Liberación de la coacción extranjera. (Poder Ejecutivo Nacional de la República Argentina, 1973:3, énfasis nuestro).

La articulación de las necesidades con la cuestión de la “Liberación nacional” y su puesta en serie con la “arbitrariedad de los poderosos” y la “coacción extranjera”, inscribe, una vez más, este problema en un discurso abiertamente político –en nuestros términos, un discurso que se estructura en torno de uno o varios antagonismos (Laclau y Mouffe 1987).

La coyuntura del diseño del Plan al que nos referimos fue por demás agitada, pues involucró la primera parte del tercer gobierno de Juan Domingo Perón, signado por fuertes contradicciones internas y un panorama económico crecientemente complejo (Fiszbein y Rougier 2006, Fernández Pardo y Frenkel 2004).

En él se conjugaban una apuesta por la consolidación y complejización tanto de los aspectos técnicos, como de los aspectos políticos. En lo referente al último punto, sobresale la compleja trama de negociaciones con diversos actores sociales. Respecto de la probidad técnica del Plan, buena parte de su elaboración se concentró alrededor de un nodo de expertos en planificación, reunidos en una comisión *ad hoc*, en el marco del reciente Instituto Nacional de Planificación Económica, bajo la autoridad de la

Secretaría de Programación y Coordinación del Ministerio de Economía. Se trataba de especialistas ya consagrados en su campo y cuya carrera seguiría en ascenso, entre los que se destacaba Benjamín Hopenhayn. A ellos se sumaría, con el fin de fortalecer técnicamente la elaboración del Plan un grupo de seis consultores argentinos de CEPAL. Entre los expertos vinculados al Plan, resulta particularmente interesante la figura de Oscar Varsavsky, quien participó en la elaboración de las proyecciones económicas (mediante el uso de modelos matemáticos y sirviéndose de computadoras). La participación de Varsavsky excede en mucho la elaboración técnica de previsión de escenarios²⁹. En Junio de 1971 Oscar Varsavsky había concluido un trabajo nodal para la historia de la planificación en la Argentina, *Proyectos nacionales. Planteo y estudios de viabilidad*, donde aparecían tres cuestiones importantes para nuestro recorrido: la noción de necesidades básicas, la interpelación a hacer de su satisfacción el indicador de desarrollo (y no del PBI *per cápita*) y la postulación de diversos *estilos de desarrollo* alternativos.

Desde la perspectiva de este experto, los distintos estilos de desarrollo suponían no sólo objetivos diversos, sino distintas estrategias tecnológicas y políticas distributivas para garantizar su viabilidad física y social. Su análisis se extendía a cinco modelos: el estilo consumista (CONS también modernista o desarrollista), el autoritario (esencialmente contradictorio, tradicional y modernizante, nacionalista pero dependiente), el estilo creativo (CREA también socialista, nacionalista y solidario), el estilo lunar y el hippie.³⁰

Uno de los ejercicios del libro *Proyectos nacionales...* consiste en describir estos paradigmas, pero, sobre todo evaluar, a partir de una modelización matemática³¹ su *viabilidad* física, social y política (en ese orden). Una de las conclusiones centrales del texto será la viabilidad física y social del estilo creativo (cuyo desafío es la viabilidad política) y la *inviabilidad* radical del estilo consumista. Efectivamente, el antagonismo central que regula la economía de “estilos” que Varsavsky pone a prueba es la contraposición entre el estilo CONS y el estilo CREA. Mientras uno representaba un estilo centrado en el crecimiento económico y el consumo opulento que buscaba espejar las experiencias de los países centrales, el otro pivotea alrededor de la desarrollo de la capacidad creativa.

En el estilo CRE, que propone Varsavsky, el crecimiento tenía como medida la satisfacción universal de *necesidades humanas* que permitiría desarrollar tales capacidades. En *Proyectos nacionales...* se consignan veinticinco que, según una sistematización de Eric Calcagno (1990) se organizan en cuatro grupos: necesidades físicas, sociales, culturales y políticas. Resulta sugerente el que no se remitiera exclusivamente a las necesidades materiales del individuo y que hubiera muchas colectivas y espirituales. Esta pregunta por la totalidad, por el sistema social complejo (así definido) en el que se inscribía la pregunta por las necesidades (que comparte con el Modelo Bariloche, más allá de las polémicas) está perdida en las reflexiones actuales sobre las NB.

Además de imaginar órdenes alternativos, desde 1965 Varsavsky estuvo involucrado en proyectos estatales de planificación y diseño de políticas en Venezuela y Perú (por citar dos de las experiencias nodales de su carrera). Asimismo, Varsavsky fue consultor de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), donde estableció estrechos vínculos con Eric Calcagno y, por su intermedio, con Benjamín Hopenhayn. Junto a ellos, participó, como hemos señalado del diseño del *Plan Trienal* de 1973, en el que resuena la contraposición entre el modelo CREA y el CONS:

Las políticas anteriores respondían a un modelo de acumulación de capital basado en una regresiva distribución del ingreso y en consecuencia originaron un perfil de consumo crecientemente sofisticado, destinado a satisfacer patrones de comportamiento y aplicación de recursos de los sectores de ingresos elevados a costa de la satisfacción de necesidades individuales y colectivas vitales, prioritarias para las grandes mayorías del pueblo (Poder Ejecutivo Nacional de la República Argentina, 1973: 27, énfasis nuestro).

En este tipo de formulaciones, la cuestión de las “necesidades” se inscribe en un horizonte de disputa entre intereses de clase y de una intervención no-neutral del Estado en ella. Esta observación, junto con las que realizamos más arriba sobre la centralidad del conflicto geopolítico norte-sur en el MML, nos impele a reconocer que la unidimensionalidad y pretendida asepsia de los diagnósticos contemporáneos sobre las NB no son un dato de partida, sino el resultado histórico de una relación de fuerzas. La estación que sigue será particularmente ilustrativa sobre este punto.

Quinta y última estación: los límites del debate. La ley del mercado

Algunos años después de la serie documental de la estación precedente, Graciela Chichilinski, quien había formado parte de la Fundación Bariloche y que accedió temprano al mundo de los organismos internacionales, se trenzaba en un singular debate con Manuel Mora y Araujo. Desde las páginas de la *Revista Desarrollo Económico* entre 1984 y 1985 la futura promotora del protocolo de Kyoto reflató la cuestión de las “necesidades básicas” como centro que debían adoptar las políticas del desarrollo.

En respuesta a ese artículo, Mora y Araujo “denunciaba” que la perspectiva de Chichilinsky resultaba utópica y que postulaba un mundo en que la remuneración no estaba vinculada con la productividad. En definitiva, suponía una economía que no respondía a las leyes del mercado e incluso individuos que no maximizan (Mora y Araujo 1985: 127). En su crítica, Mora y Araujo filiaba el análisis de la economista al modelo de mundo ideal de la Fundación Bariloche, para contrargumentar que “la tesis de que la

riqueza del Norte es su causa es muy popular, pero también muy controvertible” (Mora y Araujo 1985: 127).

La respuesta de Chichilinski a las “acusaciones” fue contundente. Lo que nos interesa subrayar es el tramo en que, una vez señalada su pertenencia al equipo que diseñó el Modelo Latinoamericano³², la experta rectificaba “la confusión de Mora y Araujo” quien

Tal vez (...) pensó que yo estaba reescribiendo el modelo Bariloche. Esta impresión debe haber sido reforzada por el uso del término “necesidades básicas” en el título del artículo. Pero en realidad este artículo se refiere a un trabajo muy distinto, que realicé, como se aclara en él, en las Naciones Unidas durante los últimos seis años. Este trabajo es una continuación del que comencé con el modelo Bariloche, pero su forma es diferente (...) El modelo subyacente es el de una economía de mercado, donde los individuos maximizan y las leyes fundamentales del mercado están satisfechas, en tanto que en Bariloche estudiamos la posibilidad de planificar una economía para satisfacer las necesidades básicas de la población. Este modelo de mercado, al que denomino modelo Norte-Sur, fue desarrollado precisamente por mi deseo de ir más allá del mundo ideal, y de encontrar las condiciones reales que permitan acercarnos a este mundo, así como las condiciones de la realidad que nos lo impiden (Chichilinsky 1985: 130, énfasis nuestro).

En la cita precedente opera un nuevo régimen de evidencias en el que lo “obvio” no es ya la necesidad de una transformación radical de la sociedad (como era el caso del debate entre Amilcar Herrera y Oscar Varsavsky, pero también del Informe Hammarkjöld), sino de una transformación “realista”, cuyo punto de partida *debe ser* la dinámica del mercado. Sería imposible remitir a todas las transformaciones que media entre el discurso del MML, los “estilos de desarrollo” de Varsavsky y este nuevo consenso. Sin embargo, entendemos provechoso sumar un último eslabón al encadenamiento de documentos de nuestro recorrido. Nos referimos puntualmente a una serie de trabajos en los cuales se “retomaba” el avance de la OIT sobre la cuestión de las necesidades, en (una nueva) clave latinoamericana: el Proyecto Interinstitucional de Pobreza Crítica.³³

Proyecto Interinstitucional de Pobreza Crítica (PIPC)

En su documento fundacional el PIPC recupera la traza del debate entre la Fundación

Bariloche, el Club de Roma y el PME. Así, el documento enfatiza las divergencias respecto de la definición de “necesidades básicas”. En particular, resulta interesante que, en sintonía con argumentos de Oscar Altimir (1978), se sostiene que la perspectiva de la Fundación Bariloche supondría una transformación “poco probable” en términos de la distribución del poder.

Los documentos del PIPC resultan interesantes en tanto *discurso de transición* en el que, al mismo tiempo que ciertos enunciados “no pueden dejar de decirse”, otros, nuevos (que resignifican el sentido de los diagnósticos y de los cursos de acción) comienzan a asomar. Lejos de tratarse de una convivencia “pacífica” las huellas discursivas de estos procesos redundan en estructuras adversativas, en permanentes aclaraciones y en no pocas contradicciones.

En su documento inaugural de 1979 (a cargo de Sergio Molina, coordinador del proyecto, y de Sebastián Piñera),³⁴ el PIPC organiza su indagación sobre la pobreza a partir del análisis de tres dimensiones: 1) *las características y alcances de las poblaciones pobres*, 2) las características de la estructura económica de la región, atendiendo a su régimen de propiedad, la distribución del ingreso, las relaciones con el sector externo, los mecanismos de asignación de recursos y el funcionamiento de los mercados de bienes; finalmente, 3) las características y capacidades del Estado para llevar a cabo la tarea de erradicar este problema social, su estructura de gasto público y organización.

El orden de los objetivos no es arbitrario. Una de nuestras hipótesis, que hemos desarrollado más puntualmente en otro trabajo (Grondona 2014) señala que las mutaciones al nivel de los debates de la pobreza en la década del ochenta supondrían la progresiva eliminación del segundo aspecto, y la consolidación de un diagnóstico descriptivista sobre la heterogeneidad de la pobreza como problema, y las limitaciones de su participación institucional (“exclusión”) como su causa. En ese punto, la delimitación de *déficit* de necesidades iría circunscribiendo poblaciones distinguibles en términos descriptivos y de intervención.

Una vez “desplazado” el eje de la discusión de los límites civilizatorios del capitalismo (ese mundo de determinaciones y alienación que se cuestionaba en la estación anterior), los expertos de la pobreza iban a concentrarse alrededor de la caracterización y delimitación de los *perfiles* de la pobreza. En ese proceso iban a desestabilizarse diversos presupuestos vinculados a “las evidencias” a partir de las cuales se diagnosticaba el problema de las necesidades, fundamentalmente, el que presuponía al desarrollo nacional como horizonte de toda intervención. Así, por ejemplo, se muestran dudas respecto de las políticas de protección industrial, e incluso se cuestionaba (aunque con atemperaciones) el programa mismo de industrialización (PIPC 1979: 33).

Si las políticas de protección habían beneficiado sólo a unos pocos, estos no se contaban tan sólo del lado de las burguesías que gozaban regímenes de promoción o exenciones impositivas, sino también entre los trabajadores asalariados “protegidos” por el estatuto del trabajo formal. La legislación laboral y la política de protección al salario habían tenido “efecto escaso, nulo o incluso negativo, sobre los salarios o ingresos de los grupos más pobres de la población (...) De hecho, la propia legislación laboral, al prohibir la sindicación en el campo o en empresas de menor tamaño, o al discriminar en contra de ella ha contribuido a *agudizar la dualidad de los mercados laborales*” (ídem: 42, énfasis nuestro). Consecuentemente, entre las recomendaciones estaría la eliminación del “impuesto al trabajo” (ídem: 44).

Las acciones del Estado respecto de la pobreza, por su parte, se habían mostrado insuficientes, en razón de lo cual debía avanzarse en una redefinición de sus formas de intervención. Las acciones redistributivas del Estado hasta entonces habrían beneficiado a los sectores medios urbanos y a los sectores obrero organizados, mientras que los pobres habían sido olvidados. Eran ejemplo de ello no sólo las políticas de salario mínimo, con efectos negativos en términos de empleo, sino también la estructura tributaria regresiva, así como el alto porcentaje del gasto público en educación superior, orientada a los sectores acomodados, en desmedro de la inversión en educación primaria y técnica acorde a los requerimientos del mercado de trabajo (ídem: 52). Otro defecto de las políticas hasta aquí había sido “su casi nula selectividad” (ídem: 53):

El diseño de políticas destinadas a paliar la pobreza, particularmente aquellas basadas en transferencias (en que es necesario evitar o minimizar las filtraciones hacia grupos que no están en situación de pobreza), hace necesario identificar grupos destinatarios más homogéneos en cuanto a pobreza. La clasificación de los hogares de acuerdo a dos o más características en forma simultánea constituye un paso en esa dirección (Piñera, 1979: 16, énfasis nuestro).

En el mismo documento, en una nota al pie, se aclara que la formulación “grupos objetivos destinatarios” tiene un sentido equivalente a la expresión inglesa “*target group*”, “en diversos trabajos, tales “*target groups*” han sido llamados “grupos objetivo”, “grupos focales”, etc. (Piñera, 1979: 11). El juego de variables descriptivas (etarias, de género, geográficas, etc.) determinaría subgrupos con mayor incidencia de la pobreza. Entre ellos se destacan los asalariados analfabetos, cuenta propia de la construcción, mujeres entre 40 y 44 años, trabajadores de la industria manufacturera con bajo nivel educativo. etc. En otros trabajos, iban a ser los niños, los indígenas o los pobres rurales. Estos eran

los primeros trazos para la delimitación de los análisis multidimensionales de la pobreza y su demarcación como problema relativamente autónomo.

El solapamiento del problema de las necesidades y el de la pobreza reduciría al olvido a las perspectivas holistas, estructurales y radicalmente transformadoras que hemos analizado más arriba.

Reflexiones finales

Según una clásica y citada expresión de Mijail Bajtin, el signo es la arena de la lucha de clases. Hemos intentado mostrar que las “necesidades básicas” no resultan una excepción. A diferencia de la interpretación que proponía la secuencia de referencia, en nuestro viaje por el archivo encontramos que la inevitabilidad de la desigualdad, la perspectiva pesimista frente a la distribución del ingreso, el desmerecimiento de las luchas sociales, de la dialéctica entre los intereses del capital y el trabajo, y de la política como herramienta de transformación social, no han sido los sentidos con los que se *siempre* se ha asociado esta cuestión.

En este punto, delimitar la cuestión de las necesidades como una “problematización” —es decir, como un *haz de interrogantes*— resulta iluminador, pues permite reconocer que aunque algunos elementos de ese haz se han mantenido relativamente constantes, otros han cambiado notablemente, al tiempo que los énfasis también han sido diversos según las coyunturas. En el discurso de Varsavsky o del MML “necesidades” se predicaba con “igualdad”, “socialismo”, fin de la alienación, “proyecto nacional”, modificación de las relaciones de poder, etc. Ello, en el marco de un diagnóstico que subrayaba los límites civilizatorios del capitalismo. Indudablemente, no es este el modo en que se ha conjugado recientemente la cuestión de las necesidades. Entre ambas coyunturas han mediado complejos procesos políticos, sociales, económicos y geopolíticos cuyo análisis excede las posibilidades de este trabajo. Esas transformaciones han operado de un modo singular en la esfera de la práctica que hemos analizado (la de la producción de saberes expertos sobre la pobreza). Hemos intentado dar cuenta de algunos de los deslizamientos a partir de los cuales las “necesidades básicas” se reinscribirían en el campo problemático de la “pobreza”, insistiendo en el carácter paradójico de esta operación, en tanto en la formación discursiva de “otro desarrollo” ambos significantes habían funcionado como elementos antagónicos.

Ahora bien al final de nuestro recorrido cabe preguntarnos por el interés de esta “exhumación” para los debates actuales ¿Por qué valdría la pena analizar los modos de *problematizar* esta cuestión? En particular, cuando *la cuestión* en sí misma es tan acuciante. Por una parte, entendemos que las memorias de las disputas que hemos evocado sobreviven, aunque soterradas, en los diagnósticos que canónicamente se asocian a la cuestión

de las NB. En la primera estación de nuestro viaje por el archivo comenzamos con una serie de formulaciones acerca del “reconocimiento universal de los derechos humanos” y el “disfrute efectivo de los derechos humanos fundamentales”. Resulta probable que, tal como propone la secuencia de referencia, en la coyuntura de su formulación (1984), estas afirmaciones hayan tenido una función más bien “retórica”.³⁵ Sin embargo, también pueden ser leídas como indicaciones, huellas o supervivencias que, aunque vaciadas de su sentido previo, *desbordan* los sentidos que operaban en aquel diagnóstico (más “domesticado”) de las NB, enfrentándolo a lo irreductible de su interdiscurso (que siempre nos habla, aun a través del olvido).

Finalmente, quisiéramos insistir en la relevancia de una historia del presente capaz de analizar diversas “problematizaciones” asociadas al diseño de diagnósticos y políticas sociales. Si los signos están atravesados por luchas, ello quiere decir que no son neutrales. Tampoco lo son las “omisiones” y los “silencios” que agrietan su historia. La obliteración de los debates sobre “otro desarrollo” (y de su relevancia en el ámbito internacional) merece ser analizada con mayor profundidad³⁶. Por un lado, porque ello permitirá complejizar diagnósticos actuales que tienden a suponer que EL discurso del desarrollo (en singular) ha circulado sin fisuras desde el norte hacia el sur hasta el advenimiento de las críticas recientes. Por otra parte, en virtud de la discontinuidad histórica de las instituciones científicas, académicas y estatales de la región, la empresa de desentramar sus múltiples y heterogéneas historias merece incorporarse, tal como lo sugieren diversas iniciativas recientes, a una agenda de investigaciones.

¹ Este procedimiento podría resultar reñido con algunas perspectivas metodológicas que definen de antemano una unidad de análisis que, como recorte, organiza la investigación. La perspectiva arqueológica (Foucault 1970) nos orienta en un sentido contrario, en tanto no parte de unidades sino que, por el contrario, se propone deconstruirlas en su “evidencia”. Nuestro punto de partida es la SdR y nuestra búsqueda será la de dar cuenta de algunas de las disputas involucradas en lo que allí se presenta como “dado”. Se trata, como advierte el propio Foucault, de un ejercicio constitutivamente “incompleto”, pero no por ello falto de rigor. En todos los casos hemos intentado mostrar de un modo explícito los “hilos” que nos han llevado de un documento a otro hasta construir la serie que estructura este artículo.

² Remitimos al trabajo de Gabriel Vommaro (2011), así como al de Grondona (2014), en prensa

³ Además de múltiples divergencias metodológicas, conviene señalar la notoria regularidad de enunciados asociados con la formación discursiva neoliberal en el caso chileno (ODEPLAN 1975). Así por ejemplo, el punto de partida para medir los ingresos es la inferencia en virtud de las dotaciones de capital (humano y físico) antes que las condiciones en el mercado de trabajo (que parece estar más presente en el caso del INDEC). La delimitación del “pobre” como portador de capital (capitalista más o menos fallido) o como trabajador es una diferencia que entendemos sustantiva entre los documentos chilenos y los argentinos.

⁴ Con mayúsculas, para distinguirlas de las condiciones de enunciación o las cp con minúsculas que refieren a entramados institucionales, trayectorias, circulaciones observable mediante herramientas sociológicas e historiográficas. En la investigación, financiada por CLACSO, de la que este artículo es un resultado parcial, nos hemos valido de trece entrevistas en profundidad a actores clave del campo de los saberes expertos sobre la pobreza y de diversas fuentes secundarias para reconstruir estas condiciones de producción en minúsculas.

⁵ Como sabemos, algunas veces las corazonadas son infundadas. Conviene que el proceso de investigación (y el investigador) esté abierto a las revezas de la buena y la mala fortuna.

⁶ Sociólogo argentino, uno de los fundadores de la carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires en 1957. Trabajó junto a Gino Germani con quien escribió *De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Trabajó en UNESCO y CEPAL.

⁷ Resulta relevante señalar que la construcción de un “estado del arte” de los debates sobre pobreza y necesidades básicas operan de modos muy diversos en el texto de Altimir (1978) y en el de Graciarena (1979). El primero, al mismo tiempo que reconoce las diferencias sustantivas de ambas posiciones, se dispone a hacer de la medición de las necesidades básicas la operacionalización del concepto analítico (que encuentra más genérico) de “pobreza”. Por el contrario, Graciarena señala la imposibilidad de tales “soluciones eclécticas”. Antes que una razón experta interesada en zanjar el debate, el texto de Graciarena parece inscribirse en el campo del debate académico, a través del cual invoca a pensar los límites que supone la configuración singular de las élites latinoamericanas y la de sus sistemas políticos para viabilizar el despliegue de “otro desarrollo”.

⁸ El Proyecto de historia intelectual de las Naciones Unidas también ha dado cuenta de este antecedente en el debate de las “necesidades básicas”. Sin embargo, no han precisado la relación entre los antecedentes encontrados, al tiempo que otros que aquí se consignan no son tomados en cuenta (Emmerij *et al.* 2001: 68–69). También, Louis Emmerij se refiere a este antecedente en una entrevista realizada por Gerry Rodgers en 2008. Disponible en <http://www.unhistory.org/pdf/LEinterviewILO.pdf>. Fecha de acceso: 20-01-2013.

⁹ Este año corresponde a la reedición del texto en un compendio de trabajos que debatían los resultados del Club de Roma (ver referencia bibliográfica al final). Según se consigna allí, la primera publicación había sido en 1974 como capítulo del libro *O mito de desenvolvimiento económico*. Río de Janeiro: Paz e terra.

¹⁰ Un grupo de científicos y políticos, reunidos desde 1968 alrededor de las preocupaciones por el desarrollo.

¹¹ “La Fundación Bariloche fue creada en el año 1963 con el fin de contribuir a la realización de actividades de investigación, enseñanza de postgrado y creación, y de transferir sus experiencias y resultados a la sociedad (...) La creación de una institución de este tipo en la ciudad de Bariloche resultó de la inquietud de un grupo de científicos de la Comisión Nacional de Energía Atómica, entre quienes se destacaron Carlos A. Mallmann, Jorge A. Sábato (...)”, en la página web de la Fundación: http://www.fundacionbariloche.org.ar/fundacion_historia.html Fecha de acceso: 20-01-2013.

¹² Geólogo argentino de enorme incidencia en los debates sobre desarrollo y tecnología, con una mirada particularmente interesada por las relaciones centro-periferia.

¹³ Vid. los detalles técnicos del modelo en Grondona (2014).

¹⁴ “El concepto corriente de propiedad debe ser reemplazado por el más universal de uso de los bienes de producción y de la tierra. No existiría propiedad de estos bienes, sino *gestión* de los mismos, decidida y organizada por los mismos procesos de discusión mediante los cuales se regula el resto de las actividades sociales.

La gestión correspondería a las organizaciones de producción, a entes comunitarios *ad hoc*, a las comunas o al estado, según fuera la naturaleza y el nivel de la actividad considerada.” (Fundación Bariloche 2006: 47). En el informe de Hammarskjöld, que analizaremos más adelante, también hay cuestionamientos a la propiedad privada, aunque entendemos que ello de un modo más recortado.

¹⁵ El año remite a la edición que citaremos en el artículo, disponible online. La primera edición fue en 1976.

¹⁶ Ambos artículos, el de Varsavsky y el de Herrera, habían sido publicados anteriormente a esta fecha en la revista *Ciencia Nueva*. El primero en el número 18 de la revista en Agosto de 1972 y el segundo en el número siguiente de Septiembre del mismo año.

¹⁷ “El énfasis puesto en las necesidades fundamentales no excluye, por el contrario, que se considere la cuestión de los límites máximos de consumo, justificados por la inquietud de una repartición más equitativa de los recursos, por los riesgos de transgredir los límites exteriores de la biósfera que representa el superconsumo de los ricos y, en fin, por los límites de la capacidad de absorción del organismo humano (ya se observan enfermedades de la nutrición resultantes de un exceso de proteínas)” (idem: 42).

¹⁸ Alrededor de 1970 comenzaban a diseñarse diagnósticos y políticas que atendieran a las promesas incumplidas del desarrollo en términos de distribución del ingreso y condiciones del medio ambiente. Estos “límites” se vinculaban con cuestiones políticas e institucionales, aunque también sobrevolaba, como en el caso del modelo del Club de Roma, la inquietud por el “exceso” de población en los países pobres. En 1971, las Naciones Unidas aprobaban, mediante la Resolución 2626 (XXV), una serie de metas para la década 1971-1981: los países en desarrollo debían crecer un 6% anual en términos de PBI y un 3.5 en términos de PBI per cápita, la población, por su parte debía crecer sólo un 2.5%.

¹⁹ Tampoco podemos detenernos sobre los aspectos técnicos de este modelo, sugerimos Grondona 2014.

²⁰ Innovación de Wassily Leontief en la década del treinta que le valió su reputación como economista, luego coronada por el Nobel de Economía.

²¹ Así, por ejemplo, se sostenía que “para aumentar la eficacia” de las políticas económicas orientadas al desarrollo “se deberán tomar medidas que tiendan a una distribución más equitativa” (Leontief 1977: 42). De un modo análogo, un poco más adelante se sostiene que la simultaneidad de cambios a nivel de la distribución de las estructuras nacionales e internacionales era condición para lograr las metas de desarrollo (idem: 43).

²² Resulta interesante notar que Max-Neef había formado parte, a comienzos de la década del setenta, de la Fundación Bariloche. En un libro publicado en 1986 sostenía que algunos de los trabajos de Mallman podían considerarse “pioneros sobre todo en la diferenciación entre necesidades y satisfactores” (Max-Neef, Manfredo 1993 *La economía descalza. Señales de un mundo invisible*. Santiago de Chile: 238)

²³ Recordamos que más arriba mencionamos que la primera experiencia de medición de satisfacción de necesidades en América Latina en el Chile de 1975, bajo la coordinación de Sergio Molina, articulaba un diagnóstico fuertemente ceñido a la teoría neoclásica del capital humano, que vemos operando aquí en el marco de la cuestión de la distribución.

²⁴ El ejemplo más claro remite a los años de escolarización, mientras el grupo de Amilcar Herrera apuntaba a 12 años los documentos preparatorios de OIT en 1975 apuntan a 9.

²⁵ “Basic Needs, Growth and Redistribution: A Quantitative Approach” y “Growth, Redistribution and Resource Use”

²⁶ “Como ya se ha visto, en el modelo se postula la igualdad de todas las personas en lo que se refiere a los bienes necesarios para la satisfacción de las necesidades básicas, y también igualdad de oportunidad para el acceso a los bienes y servicios no comprendidos en esas necesidades. En otras palabras, se supone una distribución esencialmente igualitario del ingreso”. Más adelante “Más que en consideraciones económicas el supuesto de igualdad del modelo se basa en un sentido elemental de justicia y solidaridad social.” (Fundación Bariloche 2006: 122).

²⁷ Se considera que todos los habitantes tienen sus necesidades básicas satisfechas cuando el 20 % menos favorecido alcanza un nivel de ingreso que le permite cubrir adecuadamente las mismas” (idem: 123)

²⁸ “El objetivo es satisfacer las necesidades básicas en el término de una generación, que para los fines del cálculo se considera el año 2000. Por lo tanto, hay un objetivo de producción (necesidades básicas), un grupo destinatario (el 20 por ciento de hogares más pobres) y un plazo (una generación)” (ILO 1976: 43, énfasis nuestro).

²⁹ Aunque su identificación en las filas del peronismo de izquierda permanece disputada (por el contrario, es segura su temprana adhesión a la Federación Juvenil Comunista), según señalan Fernández Pardo y Frenkel (2004: 150) participó de los Grupos Técnicos junto a Rolando García. Actualmente, en el marco de una ini-

ciativa del Grupo de Estudios sobre Historia y Discurso estamos trabajando sobre los textos y el itinerario de esta singular figura del “otro desarrollo”.

³⁰ Estos dos últimos, presentes en el texto sobre *Proyectos nacionales*, tienen un despliegue mucho más acotado. El estilo lunar suponía el establecimiento de una colonia en la Luna, cuyo objetivo sería aprender a sobrevivir en un medio totalmente hostil. El estilo hippie remitía a una sociedad basada en la solidaridad interpersonal, mística que buscaba formas artísticas de la realización personal con el auxilio de drogas.

³¹ Según explica Varsavsky en un texto de 1971 coeditado con Eric Calcagno, el método a partir del cual se ponía a prueba estos modelos era la experimentación numérica.

³² Dato que, por otra parte, es extraño que Mora y Araujo desconociera, pues él mismo había participado de la Fundación.

³³ Esta institución experta articuló esfuerzos de PNUD, UNICEF, ILPES, CELADE y CEPAL entre 1978 y 1980.

³⁴ Sebastián Piñera sería, años después, Presidente de Chile. Por su parte, Sergio Molina fue Presidente del Banco Central y luego Ministro de Hacienda, de Planificación y de Educación, durante los gobiernos de Eduardo Frei y Patricio Aylwin, respectivamente. Asimismo, como hemos insistido, fue el responsable del primer mapa de la pobreza de ALC del que se tengan registros (en 1975).

³⁵ Más arriba hemos sugerido la necesidad de matizar esta lectura aun para la coyuntura de 1984.

³⁶ Tomando como insumo este trabajo y otros realizados por el equipo e individualmente por sus integrantes, el Grupo de Estudios sobre Historia y Discurso (GEDH) del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini que comparto con Paula Aguilar, Pilar Fiuza, Mara Glzman, Victoria Haidar y Pablo Pryluka se ha embarcado en julio de 2013 en el estudio de la formación discursiva de “otro desarrollo” entre 1968 y 1975, así como en sus resonancias con las propuestas actuales sobre el “Buen vivir”.

Referencias Bibliográficas

- Althusser, Louis y Balibar, Etienne.** (1967) *Para leer el capital*. México: FCE.
- Calcagno, Alfredo Eric** (1990), “Evolución y actualidad de los estilos de desarrollo”, en *Revista de la CEPAL*, 42:55-67.
- Castel, Robert** (2001) *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós.
- Courtine, Jean Jacques** (1981). “Quelques problèmes théoriques et méthodologiques en analyse du discours, à propos du discours communiste adressé aux chrétiens”, en *Langages*, 62 :9-128.
- Dean, Mitchel** (1994) *Critical and Effective Histories. Foucault's Methods and Historical Sociology*. London: Routledge.
- Emmerij, Louis et al.** (2001) *Ahead of the Curve?: UN Ideas and Global Challenges*. Indiana: Indiana University Press.
- Fernandez Pardo, Carlos y Frenkel, Leopoldo** (2004) *Perón. La unidad nacional entre el conflicto y la reconstrucción (1971-1974)*. Córdoba: Ediciones del Copista.
- Fizbein, Martín y Rougier, Marcelo** (2006) *La frustración de un proyecto económico. El gobierno peronista de 1973-1976*. Buenos Aires: Manantial.
- Foucault, Michel** (1995) [1978] “¿Qué es la crítica?”, en *Revista de Filosofía-ULA*, n° 8: 56-78.
(1970). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno
(1984), “Le souci de la vérité » en M. Foucault, *Dits et Écrits*, vol. IV, 350ss.
- Glozman, Mara** (2013) “Varsavsky: Proyectos Nacionales, estilos de desarrollo y emancipación”, en *Mancilla* N° 6:128-131.
- Glozman, Mara y Montero, Sol** (2010). “Lecturas de nunca acabar. Consideraciones sobre la noción de interdiscurso en la obra de Michel Pêcheux”, en *Cadernos de Letras da UFF*, 40: 75-96.
- Grondona, Ana** (2014) *Los saberes expertos de la pobreza en Argentina 1956-2006*. Ediciones CCC: Buenos Aires. En prensa.

Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (1987) *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.

Murillo, Susana et al (2005) *Banco Mundial Estado, mercado y sujetos en las nuevas estrategias frente a la cuestión social*. Buenos Aires, Ediciones CCC.

Pêcheux, Michel (1988). *Semántica e discurso. Uma crítica à afirmação do óbvio*. Campinas, SP: Editora da UNICAMP.

Vommaro, Gabriel (2011). “La pobreza en transición. El redescubrimiento de la pobreza y el tratamiento de la cuestión social en la Argentina de los 80”, *Apuntes de Investigación del CECYP*, XIV/19:45-73.

Documentos del corpus

Ahluwaha, Montek y Chenery, Hollis (1974) “A model of distribution and growth”, en Chenery et al. *Redistribution with growth* World Bank-Oxford University Press- Institute of Development Studies at the University of Sussex: Washington DC, pp. 209-235.

Álvarez Leguizamon, Sonia (2005) “Los discursos minimistas sobre las necesidades básicas y los umbrales de ciudadanía como reproductores de la pobreza”, en Álvarez Leguizamon, S. (comp) *Trabajo y producción de la pobreza en Latinoamérica y el Caribe*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 239-274.

Chichilnisky, Graciela (1985) “Necesidades básicas, recursos naturales y crecimiento en el contexto de las relaciones Norte-Sur: respuesta a un comentario” *Desarrollo Económico* Vol. 25, No. 97: 128-133.

Fundación Bariloche (2006) *¿Catástrofe o Nueva Sociedad? Modelo Mundial Latinoamericano*. Buenos Aires: Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo. Disponible en http://www.posgradofadu.com.ar/archivos/biblio_doc/Catastrofe_o_Nueva_Sociedad_MML_30_a%F1os_despues.doc. Fecha de consulta: 20-01-2013.

Fundación Hammarskjöld (1975) *¿Qué hacer? Otro Desarrollo*. Development dialogue 1975:1/2. pp. 3-130 Disponible en <http://www.dhf.uu.se/publications/development-dialogue/que-hacer-el-informe-dag-hammarskjold-1975-sobre-el-desarrollo-y-la-cooperacion-internacional/>. Fecha de consulta: 20-01-2013

Furtado, Celso (1976) “La profecía del colapso”, en AAVV *El club de Roma. Anatomía de un grupo de presión*. Buenos Aires: Síntesis: pp. 9-73.

Graciarena, Jorge (1979) “La estrategia de las necesidades básicas como estilo alternativo de desarrollo nacional e internacional. Sus posibilidades en el contexto latinoamericano”. *Revista de la CEPAL* 8: 41-55.

Herrera, Amilcar (1976) “Un proyecto latinoamericano de modelo mundial” y “Respuesta a Vasravsky”, en AA.VV *El club de Roma. Anatomía de un grupo de presión*. Buenos Aires: Síntesis, pp.133-142.

Instituto Nacional de Estadística y Censo (1984). *La pobreza en la Argentina*. Buenos Aires: INDEC.

Leontief, Wassily (1977). *El futuro de la economía mundial: un estudio de Naciones Unidas*. México: Siglo XXI.

Mallmann, Carlos (1972) *Sobre las necesidades del ser humano y su relación con las teorías del mundo*. Bariloche: Fundación Bariloche.

Max-Neef, Manfredo, Elizalde, Martín y Hopenhayn, Martín (1993) *Desarrollo a escala humana*. Montevideo: Editorial Nordan-Comunidad.

Molina, Sergio y Piñera, Sebastián (1979) *La pobreza en América Latina: situación, evolución y orientaciones de políticas*. Santiago de Chile: CEPAL PNUD.

Mora y Araujo, Manuel (1985) “Sobre las necesidades, los recursos, el crecimiento y la pobreza en el mundo”. *Desarrollo Económico*, Vol. 25, No. 97:125-127.

Oficina de Planificación Nacional (1975) *Mapa de pobreza extrema*. Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile. Instituto de Economía.

Piñera, Sebastián (1979) *Medición, análisis y descripción de la pobreza en Argentina (Área Metropolitana de Buenos Aires)*. Santiago de Chile: CEPAL.

Poder Ejecutivo Nacional de la República Argentina, (1973) *Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional (1974-1977)*. Buenos Aires: Poder Ejecutivo Nacional, República Argentina.

Programa Mundial de Empleo (1976) *Empleo, crecimiento y necesidades esenciales: problema mundial*. Génova: OIT.

Scolink Hugo y Hopkins, Michael (1975) *Basic Needs, Growth and Redistribution: A Quantitative Approach*. Génova: ILO.

Stern, Joseph J. (1975) *Growth, Redistribution and Resource Use*. ILO: Génova.

Varsavsky, Oscar (1971) *Proyectos nacionales. Planteo y estudios de viabilidad*. Buenos Aires: Ediciones Periferia.

Varsavsky, Oscar (1974) *Estilos Tecnológicos. Propuestas para la selección de tecnologías bajo racionalidad socialista*. Buenos Aires: Editorial Periferia.

Varsavsky, Oscar (1976) “El club de roma” AAVV *El club de Roma. Anatomía de un grupo de presión*. Buenos Aires: Síntesis, pp. 143-144.

Varsavsky, Oscar y Calcagno, Eric (1971) *Modelos matemáticos: ensayos de aplicación de modelos de experimentación numérica a la política económica y las ciencias sociales*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.



Los documentos que integran la Biblioteca PLACTED fueron reunidos por la [Cátedra Libre Ciencia, Política y Sociedad \(CPS\). Contribuciones a un Pensamiento Latinoamericano](#), que depende de la Universidad Nacional de La Plata. Algunos ya se encontraban disponibles en la web y otros fueron adquiridos y digitalizados especialmente para ser incluidos aquí.

Mediante esta iniciativa ofrecemos al público de forma abierta y gratuita obras representativas de autores/as del **Pensamiento Latinoamericano en Ciencia, Tecnología, Desarrollo y Dependencia (PLACTED)** con la intención de que sean utilizadas tanto en la investigación histórica, como en el análisis teórico-metodológico y en los debates sobre políticas científicas y tecnológicas. Creemos fundamental la recuperación no solo de la dimensión conceptual de estos/as autores/as, sino también su posicionamiento ético-político y su compromiso con proyectos que hicieran posible utilizar las capacidades CyT en la resolución de las necesidades y problemas de nuestros países.

PLACTED abarca la obra de autores/as que abordaron las relaciones entre ciencia, tecnología, desarrollo y dependencia en América Latina entre las décadas de 1960 y 1980. La Biblioteca PLACTED por lo tanto busca particularmente poner a disposición la bibliografía de este período fundacional para los estudios sobre CyT en nuestra región, y también recoge la obra posterior de algunos de los exponentes más destacados del PLACTED, así como investigaciones contemporáneas sobre esta corriente de ideas, sobre alguno/a de sus integrantes o que utilizan explícitamente instrumentos analíticos elaborados por estos.

Derechos y permisos

En la Cátedra CPS creemos fervientemente en la necesidad de liberar la comunicación científica de las barreras que se le han impuesto en las últimas décadas producto del avance de diferentes formas de privatización del conocimiento.

Frente a la imposibilidad de consultar personalmente a cada uno/a de los/as autores/as, sus herederos/as o los/as editores/as de las obras aquí compartidas, pero con el convencimiento de que esta iniciativa abierta y sin fines de lucro sería del agrado de los/as pensadores/as del PLACTED, ***requerimos hacer un uso justo y respetuoso de las obras, reconociendo y citando adecuadamente los textos cada vez que se utilicen, así como no realizar obras derivadas a partir de ellos y evitar su comercialización.***

A fin de ampliar su alcance y difusión, la Biblioteca PLACTED se suma en 2021 al repositorio ESOCITE, con quien compartimos el objetivo de "recopilar y garantizar el acceso abierto a la producción académica iberoamericana en el campo de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología".

Ante cualquier consulta en relación con los textos aportados, por favor contactar a la cátedra CPS por mail: catedra.cienciaypolitica@presi.unlp.edu.ar